



LA SERIE DEL CIRCULO

NEGRO

LIBRO 1: *El nacimiento del mal*

AUTOR DE ÉXITOS DE LIBRERÍA DEL *NEW YORK TIMES*

TED DEKKER

Annotation

¿DÓNDE EMPIEZA EL CÍRCULO?

Nada es como parece cuando se estrellan los sueños y la realidad.

Huyendo de sus agresores por callejones abandonados, Thomas Hunter apenas se escapa yéndose al techo de un edificio. Luego una bala silenciosa de la noche roza su cabeza... y su mundo se vuelve negro. De la negrura surge la asombrosa realidad de otro mundo, un mundo donde domina el mal. Un mundo en el que Thomas Hunter se enamora de una mujer hermosa. Pero luego se acuerda del sueño en el que lo perseguían por un callejón mientras extiende su mano para tocar la sangre en su cabeza. ¿Dónde termina el sueño y comienza la realidad? Cada vez que se queda dormido en un mundo, se despierta en otro. Pero en ambos, le aguarda un desastre catastrófico... quizás incluso sea causado por él.

-
- [NEGRO: El Nacimiento Del Mal](#)
 -
 - [Resumen](#)
 -
 - [1](#)
 - [2](#)
 - [3](#)
 - [4](#)
 - [5](#)
 - [6](#)
 - [7](#)
 - [8](#)
 - [9](#)
 - [10](#)

- [11](#)
 - [12](#)
 - [13](#)
 - [14](#)
 - [15](#)
 - [16](#)
 - [17](#)
 - [18](#)
 - [19](#)
 - [20](#)
 - [21](#)
 - [22](#)
 - [23](#)
 - [24](#)
 - [25](#)
 - [26](#)
 - [27](#)
 - [28](#)
 - [29](#)
 - [30](#)
 - [31](#)
 - [32](#)
 - [33](#)
 - [34](#)
 - [35](#)
 - [36](#)
 - [37](#)
 - [38](#)
-

NEGRO: El Nacimiento Del Mal

Traductor: y Mirta Acosta, Ricardo

Autor: Dekker, Ted

©2010, Grupo Nelson, D.L. 2010 (impreso en Es

Colección: La serie del círculo, l. 1

ISBN: 9781602552159

Resumen

Nada es como parece cuando se estrellan los sueños y la realidad.

Huyendo de sus agresores por callejones abandonados, Thomas Hunter apenas se escapa yéndose al techo de un edificio. Luego una bala silenciosa de la noche roza su cabeza... y su mundo se vuelve negro. De la negrura surge la asombrosa realidad de otro mundo, un mundo donde domina el mal. Un mundo en el que Thomas Hunter se enamora de una mujer hermosa. Pero luego se acuerda del sueño en el que lo perseguían por un callejón mientras extiende su mano para tocar la sangre en su cabeza ¿Dónde termina el sueño y comienza la realidad? Cada vez que se queda dormido en un mundo, se despierta en otro. Pero en ambos, le aguarda un desastre catastrófico... quizás incluso sea causado por él.

«Ted Dekker es a las claras uno de los escritores vivos más apasionantes de la actualidad. Crea tramas que ponen a palpar con fuerza el corazón y a sudar las palmas de las manos aun después de haber terminado sus libros».

JEREMY REYNALDS, articulista publicado en periódicos por todo Estados Unidos

«Ted Dekker es el escritor más apasionante que he leído en mucho tiempo. En un instante... aumentará en gran manera sus admiradores. Maravillosa lectura... poderosas argucias. ¡Bravo!»

Ted Baehr, presidente de la revista MOVIEGUIDE®

«En un instante... muestra ritmo vertiginoso, premisa intrigante, y discusiones que obligan a reflexionar en la naturaleza de Dios, que mantendrán absortos a los lectores».

Library Journal

Suiza

CARLOS MISSIRIAN era su nombre. Uno de sus muchos nombres. Nacido en Chipre.

El hombre sentado en el extremo opuesto de la larga mesa de comedor, que cortaba lentamente un grueso bistec, era Valborg Svensson.

Uno de sus muchos, muchos nombres.

Nacido en el infierno.

Comían en silencio casi perfecto a diez metros uno del otro en un oscuro salón labrado del profundo granito en los Alpes suizos. Negras lámparas metálicas a lo largo de las paredes difundían por todo el espacio una tenue luz ámbar. No había sirvientes, ningún otro mueble, ni música, sólo Carlos Missirian y Valborg Svensson sentados a la exquisita mesa de comedor.

Carlos cortó el grueso trozo de carne con un cuchillo muy afilado y observó cómo caía a un lado la rebanada. Como al dividirse el Mar Rojo.

Volvió a cortar, consciente de que el único sonido en este salón era el de dos cuchillos dentados cortando carne en la porcelana, partiendo fibras.

Extraños sonidos si se sabe escucharlos con atención.

Carlos se puso una rebanada en la boca y la masticó firmemente. No levantó la mirada hacia Svensson, aunque era indudable que el hombre lo observaba, le veía el rostro, la larga cicatriz que tenía en la mejilla derecha, con aquellos ojos negríssimos. Carlos respiró profundamente, sacando tiempo para disfrutar el cobrizo sabor del filete.

Muy pocos hombres habían puesto nervioso alguna vez a Carlos. Los israelíes se ocuparon de eso a principios de su vida. El odio, no el temor, lo dominaba; un modo de

ser que encontró útil como asesino. Pero Svensson podía, con una mirada, poner nerviosa a una roca. Decir que esta bestia infundía temor en Carlos sería exagerado, pero sin duda lo mantenía alerta. No porque Svensson representara alguna amenaza física para él; ningún hombre la representaba de veras. Es más, Carlos podría en este mismo instante enviar como un rayo el cuchillo que tenía en las manos directo a los ojos del individuo con un veloz giro de muñeca. ¿Qué entonces provocaba su cautela? Carlos no estaba seguro.

Por supuesto, el hombre en realidad no era una bestia del infierno. Era un empresario de origen suizo que poseía la mitad de los bancos en Suiza y la mitad de las compañías farmacéuticas fuera de Estados Unidos. Ciertamente, él había pasado más de la mitad de su vida aquí, debajo de los Alpes suizos, acechando como un animal enjaulado, pero era tan humano como cualquier otro individuo que anduviera en dos piernas.

Además, al menos para Carlos, muy vulnerable.

Carlos acompañó la carne con un sorbo de vino Chardonnay y dejó que su mirada se posara en Svensson por primera vez desde que se sentaran a comer. El hombre no le hizo caso, como de costumbre. Tenía el rostro feamente marcado, y la nariz parecía demasiado grande para la cabeza... no rechoncha y protuberante, sino aguda y angosta; el cabello, igual que los ojos, era negro, teñido.

Svensson dejó su corte a medias, pero no levantó la mirada. Se hizo silencio en el salón. Los dos siguieron sentados en silencio, como estatuas. Carlos lo observaba, sin deseos de dejar de mirar. El único factor atenuante en esta relación poco común era el hecho de que Svensson también respetaba a Carlos.

De repente el suizo puso a un lado el cuchillo y el tenedor, se tocó el bigote y los labios con una servilleta, se levantó, y se dirigió a la puerta.

Se movía lentamente, dando cierto cuidado especial a la pierna derecha; arrastrándola. Nunca había ofrecido una explicación por la pierna.

Svensson salió del salón sin lanzar una sola mirada en dirección a Carlos.

Carlos esperó en silencio un minuto, sabiendo que Svensson tardaría todo ese tiempo en recorrer el salón. Finalmente se puso de pie y lo siguió, entrando a un largo vestíbulo que llevaba a la biblioteca, adonde supuso que se había retirado Svensson.

Conoció al suizo tres años antes mientras trabajaba con facciones rusas decididas a emparejar los poderes militares del mundo con ayuda de la amenaza de armas biológicas. Se trataba de una doctrina antigua: ¿Qué importaba que Estados Unidos tuviera doscientas mil armas nucleares apuntadas al resto del mundo si sus enemigos tenían las armas biológicas adecuadas? Prácticamente era imposible defenderse en ciudades abiertas de un virus muy infeccioso transmitido por el aire.

Un arma para poner de rodillas al mundo.

Carlos hizo una pausa ante la puerta de la biblioteca antes de abrirla. Svensson se hallaba ante la pared de vidrio observando el laboratorio blanco un piso más abajo. Había encendido un cigarrillo y estaba envuelto en una nube de denso humo.

Carlos pasó al lado de una pared llena de libros empastados en cuero, levantó una licorera de whisky, se sirvió un trago, y se sentó en un elevado taburete. La amenaza de armas biológicas se podía igualar fácilmente a la de armas nucleares. Estas podrían ser más fáciles de usar, y quizá más devastadoras. Podrían. En su tradicional desprecio a cualquier amenaza, la U.R.S.S. había empleado miles de científicos para desarrollar armas biológicas, incluso después de haber firmado en 1972 la Convención de Armamento Biológico y Tóxico. Todo, desde luego, con supuestos propósitos de defensa. Tanto Svensson como Carlos conocían ínti-

mamente los éxitos y los fracasos de la antigua investigación soviética. En el análisis final, los supuestos «súper micrófonos ocultos» que habían desarrollado no eran tan súper, ni siquiera de cerca. Eran demasiado imprecisos, imprevisibles, y muy fáciles de neutralizar.

El objetivo de Svensson era sencillo: Desarrollar un virus muy violento y estable que se pudiera transmitir por el aire, con un período de incubación de tres a seis semanas, y que reaccionara de inmediato a un antiviral que sólo él controlara. No se trataba de matar poblaciones enteras de seres humanos, sino infectar regiones enteras de la tierra en unas pocas semanas y luego controlar el único tratamiento.

Así era como Svensson planeaba ejercer inimaginable poder sin la ayuda de un solo soldado. Así era como Carlos Missirian planeaba borrar del mapa a Israel sin hacer un solo disparo.

Suponiendo, por supuesto, que se pudiera desarrollar y tener protegido ese tipo de virus.

Pero todos los científicos estaban conscientes que sólo era cuestión de tiempo.

Svensson miró el laboratorio abajo. El suizo usaba el cabello partido por la mitad, de tal manera que a cada lado le caían negros mechones.

Metido en su chaqueta negra parecía un murciélago. Era un hombre unido a un tenebroso código religioso que requería largos viajes en lo más profundo de la noche. Carlos era sin duda su propio dios cubierto con una capa negra y nutrido con amargura, y a veces cuestionaba su propia lealtad a Svensson. Al individuo lo motivaba una insaciable sed de poder, e igual ocurría con los hombres para los que trabajaba. Esto era lo que los sustentaba. Esta era su droga. A Carlos no le importaba entender las profundidades de las locuras de esa gente; lo único que sabía era que se trataba de la clase de individuos que conseguían lo que deseaban, y en el proceso él también iba a lograr lo que anhelaba: La restauración del islam.

Tomó un sorbo de whisky. Se podría pensar que alguien, uno solo de los miles de científicos que trabajaban en el sector biotecnológico defensivo, se toparía alguna vez con algo significativo después de todos estos años. Ellos tenían más de trescientos informantes pagados en cada compañía farmacéutica importante. Carlos había entrevistado de forma muy persuasiva a cincuenta y siete científicos del antiguo programa de armas biológicas soviéticas. Y al final, nada. Al menos nada de lo que buscaban.

El teléfono sobre el enorme escritorio negro de sándalo sonó ruidosamente a la derecha de ellos.

Ninguno de los dos hizo un movimiento hacia el teléfono; dejó de sonar.

—Te necesitamos en Bangkok —informó Svensson. Su voz sonó como el ruido sordo de un motor moviéndose con un cilindro lleno de arena.

—Bangkok.

—Sí, Bangkok. Farmacéutica Raison.

—¿La vacuna Raison? —preguntó Carlos.

Ellos habían estado siguiendo el desarrollo de la vacuna por más de un año con la ayuda de un informante en los laboratorios Raison. Carlos siempre había pensado que sería irónico que la compañía francesa Raison, que se pronunciaba rey-ZONE y significaba «razón», un día estuviera produciendo un virus que pondría de rodillas al mundo.

—Yo no estaba consciente de que su vacuna nos prometiera algo — comentó Svensson. — cojeó lentamente, muy lentamente, hacia su escritorio, agarró un papel blanco, y lo recorrió con la vista.

—Recuerda un informe de hace tres meses acerca de mutaciones de la vacuna imposibles de conservar.

—Nuestro contacto afirmó que las mutaciones no se mantenían, y que morían en minutos.

Naturalmente, Carlos no era científico, pero sabía más que el promedio de personas respecto de armas biológicas.

—Esas fueron las conclusiones de Monique de Raison. Ahora tenemos otro informe. Nuestro hombre en los Centros para el Control de Enfermedades (CDC) recibió hoy un visitante nervioso que afirmó que las mutaciones de la vacuna Raison se mantenían bajo un calor específico prolongado. El visitante aseguró que el resultado sería un virus letal transmitido vía aérea con una incubación de tres semanas; virus que podría infectar a toda la población del mundo en menos de tres semanas.

—¿Y cómo fue que este visitante encontró esta información?

—Un sueño —contestó Svensson después de titubear—. Un sueño muy extraño. Un sueño muy, pero muy convincente de otro mundo poblado por seres que creen que los sueños de él en este mundo son sólo sueños; y por murciélagos que hablan.

Ahora fue Carlos quien titubeó.

—Murciélagos.

—Tenemos nuestros motivos para prestar atención. Quiero que vuelas a Bangkok y entrevistes a Monique de Raison. Si la situación se justifica, voy a querer la mismísima vacuna Raison, por cualquier medio.

—¿Estamos ahora recurriendo a místicos?

Svensson tenía bien cubiertos a los CDC, con cuatro en la nómina, si Carlos recordaba correctamente. Hasta los reportes que parecían más inofensivos sobre enfermedades infecciosas eran encaminados rápidamente a las oficinas centrales en Atlanta. Era indudable que a Svensson le interesaba todo informe de cualquier nuevo brote y de los planes para tratarlo.

¿Pero un sueño? Totalmente fuera de carácter para el estoico suizo de tenebroso corazón. Esto sólo insinuaba su única verosimilitud.

Svensson lo miró con ojos sombríos.

—Como dije, tenemos otras razones para creer que este hombre podría saber cosas que no tiene por qué saber,

sin importar cómo obtuvo esa información.

—¿Cómo qué cosas?

—Eso no está a tu alcance. Basta decir que no hay forma de que Thomas Hunter pudiera haber sabido que la vacuna Raison estaba sujeta a mutaciones que no se conservaban.

Carlos frunció el ceño.

—Una coincidencia.

—No estoy dispuesto a correr ese riesgo. El destino del mundo recae sobre un virus difícil de localizar, y de su cura. Tal vez acabamos de encontrar ese virus.

—No estoy seguro que Monique de Raison quiera conceder una... entrevista.

—Entonces oblígala.

—¿Y qué hay con Hunter?

—Te enterarás por cualquier medio que sea necesario de todo lo que Thomas Hunter sabe, y luego lo matarás.

1

TODO EMPEZÓ un día antes con una simple bala silenciada y salida de la nada.

Thomas Hunter caminaba por el mismo callejón débilmente iluminado que tomaba siempre en su camino a casa después de cerrar el pequeño Java Hut en Colfax y la Novena, cuando un ¡tas! interrumpió el zumbido del lejano tráfico. Salpicaduras de ladrillo rojo salieron de un hoyo como de dos centímetros y medio a medio metro de su rostro. Thomas detuvo a mitad de un paso.

¡Tas!

Esta vez vio la bala estrellándose contra el ladrillo. Esta vez sintió una picadura en la mejilla mientras diminutos fragmentos de ladrillo destrozado salían disparados por el impacto. Esta vez se le paralizó cada músculo del cuerpo.

¡Alguien le acababa de disparar! Le estaban disparando.

Tom retrocedió hasta agacharse, y por instinto extendió los brazos. No parecía poder quitar los ojos de esos dos hoyos en el ladrillo exactamente adelante. Se debió tratar de alguna equivocación. Un producto de su febril imaginación. Sus aspiraciones de novelista finalmente habían traspasado la línea entre la fantasía y la realidad con esos dos hoyos vacíos que lo observaban desde el ladrillo rojo.

—¡Thomas Hunter!

Esa no fue su imaginación, ¿o sí? No, ese era su nombre, y aún resonaba en el callejón. Una tercera bala se estrelló en la pared de ladrillo.

El giró hacia la izquierda, aún agachado. Dio un largo paso, se dejó caer sobre el hombro derecho, rodó. El aire

se dividió otra vez por encima de su cabeza. Esta bala repiqueteó en una escalera de acero y resonó en el callejón.

Tom se enderezó y salió persiguiendo el sonido a toda prisa, empujado tanto por el instinto como por el terror. Ya antes había vivido esto, en las callejuelas de Manila. Entonces era adolescente, y las pandillas filipinas estaban armadas con navajas y machetes en vez de pistolas, pero en ese momento, en que hacían trizas el callejón detrás de la Novena y Colfax, la mente de Tom no percibía ninguna diferencia.

—¡Eres hombre muerto! —gritó la voz.

Ahora supo quiénes eran. Eran de Nueva York.

Este callejón conducía a otro a veinticinco metros adelante, a su izquierda. Una simple sombra en la débil luz, pero él conocía el diagrama.

Dos balas más fustigaron, una tan cerca que sintió su ráfaga sobre la oreja izquierda. Detrás de él retumbaron pisadas en el hormigón. Dos pares, quizá tres.

Tom se metió a las sombras.

—Córtenle la retirada. Radio.

Se impulsó en la parte anterior de los pies, y salió a toda velocidad, con la mente dándole vueltas. ¿Radio?

El problema con la adrenalina —le susurró la débil voz de Makatsu—, es que te debilita la mente. Su instructor de karate se señalaría la cabeza y guiñaría el ojo. Tienes mucha fuerza bruta con qué pelear, pero no fuerza bruta con qué pensar.

Si ellos tenían radios y le podían cortar la retirada más adelante, se le presentaba un problema muy grave.

Buscó frenéticamente dónde esconderse. Un acceso al techo en mitad del callejón. Un inmenso contenedor de basura demasiado lejos.

Cajas tiradas a su izquierda. Ningún verdadero lugar en qué ocultarse. Tenía que hacer su jugada antes de que ellos ingresaran al callejón.